Imprimir Nota imprimir x

CUENTOS DE BREECE D'J PANCAKE

La ira de Dios

Mercedes Estramil

LO MÁS RARO no es el nombre, Breece D'J Pancake, que provino al parecer de una errata o una confusión en su primera publicación de cuentos en la revista The Atlantic Monthly, pero que luego le resultó graciosa y la adoptó. Era Breece Dexter John Pancake, nacido rubio y de ojos azules en Virginia en 1952 y que al convertirse al catolicismo había incorporado el "John". Tampoco es lo más raro que en 1979, a los veintiséis años, mientras usufructuaba una beca de escritura creativa en la Universidad de Virginia, se suicidara pegándose un tiro en la boca. Lo raro es que lo poco, poquísimo que escribió y que se publicó completo años después, fueron doce cuentos de factura exquisita, capaces de augurar por sí solos la brillante carrera que no fue.

UNA LARGA TRADICIÓN. Aun sin contar con datos estadísticos, cabe afirmar que la profesión de escritor es de las que ha tenido, eufemísticamente hablando, más muertes autoinflingidas. Pancake se sumó a una amplia lista mundial -y a otra no poco generosa de autores estadounidenses suicidas- entre los que figuran Ernest Hemingway, Hart Crane, Jack London, Virginia Woolf, Anne Sexton, Hunter S. Thompson, David Foster Wallace, o los más jóvenes (apenas unos años más que él) Sylvia Plath, John O'Brien o John Kennedy Toole. En su caso, no había tenido tiempo o suerte para agendarse un nombre entre los comprables o premiables, y tampoco tenía una biografía que hiciera previsible el desenlace. Era un chico común y corriente, que trabajó de taxista, peón, agricultor, un estudiante graduado y un aprendiz de escritor fogueado en talleres con John Casey y con el ganador del Pulitzer 1978, James Alan McPherson.

En 1982, cuando Little, Brown and Company (la misma editorial que había publicado El guardián entre el centeno, de Salinger), publicó The Stories of Breece D`J Pancake, el bautismo crítico de la prestigiosa Joyce Carol Oates desde las páginas de The New York Times puso las cosas en su sitio. Tarde, como suele ocurrir. Oates comparó su debut con el de Hemingway, tal vez en el sentido de que fue tan bueno como inadvertido. Esas historias aparecen ahora traducidas bajo el nombre del primer texto, "Trilobites", sobre un chico empeñado en encontrar fósiles paleozoicos en medio de un presente donde su padre ha muerto, su madre vende la casa y su novia lo deja. Toda una metáfora del ir hacia atrás.

Doce relatos que exponen una versión incómoda de la América rural, quizá comparable en crudeza a la que viene dando desde los años sesenta Cormac McCarthy (Meridiano de sangre, En la frontera, No es país para viejos, etc.). Igual que él, Pancake hunde las manos en lo profundo de una tierra árida, especialmente implacable con hombres pobres, sin estudios o subempleados, tironeados entre la demanda ancestral de quedarse o el sueño loco de irse. Sus protagonistas son adolescentes y hombres jóvenes, a veces criados en casas de acogida, empleados en trabajos de sobrevivencia (mineros, mecánicos, boxeadores, marineros, cazadores, contrabandistas menores), preocupados por la chica que perdieron o que esperan, o por concretar negocios que los saquen de la pobreza, rodeados de amistades masculinas que apenas sirven para embriagarse, decir obscenidades o ir de caza. Pero sobre todo, atados a algún tipo de culpa que los hace ir por la vida como si la "ira de dios" pendiera sobre ellos. El concepto asoma en un relato soberbio titulado "Una habitación para siempre", en el que el tripulante de un remolcador está en tierra, aburrido en su habitación en una noche de fin de año, y decide salir a caminar. Lo aborda una prostituta debutante, casi una niña, y lo que ocurre entre ellos - primero sórdido, después esperanzador, luego más sórdido-pinta el estado de perdición de todas las cosas en un lugar - no sólo ese lugar, sino el mundo-donde la oportunidad para gente como ellos no existe: "Me paro frente a la estación de autobuses, miro a la gente que espera y pienso en los destinos de sus viajes. Pero sé que no podrán huir de ésta, que no van a salir de ésta bebiendo, que ni muertos se van a librar de ésta. Siempre está aquí, miras a alquien cualquiera y te devuelve una mirada como la Ira de Dios".

1 de 2 10/12/2012 12:38

UN SOLO LIBRO. Hemingway hablaba de la teoría del iceberg, más tarde Vargas Llosa habló del "dato escondido" y Piglia de las "dos historias"; todas teorías convergentes sobre estrategias narrativas para mostrar que lo que no se ve a simple vista importa tanto o más que lo que sí se ve. Pancake sabía la lección y la aplica en cada uno de estos cuentos donde hay, sin embargo, mucho más que una lección aprendida. Eso que no se quiere o quizá no se debe contar está presente en "Una y otra vez", donde un viudo criador de chanchos trabaja en la carretera quitando nieve. Lo atormenta la huida de su hijo, que vio algo que no debía ver. Ese dato queda ahí, flotando, hasta que el hombre levanta a un chico en la carretera y se ponen a hablar sobre autoestopistas asesinados y destazados en la región. El retrato de un leve gesto le basta a Pancake para configurar el trasfondo escalofriante de un relato de apariencia serena. Funciona diferente en "Como debe ser" donde una chica enamorada sigue a su hombre - pendenciero, bebedor y en libertad condicional-hasta que un crimen no narrado bisagra la relación. Si bien Pancake luego aclara (sin necesidad, quizá) algo de la elipsis, el fuera de campo inicial tiene su razón de ser toda vez que evita mostrar lo que los personajes no quieren ver.

El recurso es exprimido en otros títulos, siempre con variantes para el ocultamiento. En "De la leña seca" nunca sabremos qué ocurrió en el accidente de auto que dejó inválido a un muchacho e ileso a su mejor amigo, pero podemos intuir por qué éste vuelve, al cabo de los años, al pueblo y a la familia sustituta donde vivían. En "El honor de los muertos" la obsesión de un esposo que fisgonea en el pasado tiene que ver exclusivamente con aquello de lo que no habla pero en torno a lo que se hace cuatro veces, como al descuido, la misma pregunta.

Todo Trilobites está bien escrito, guiado por un pulso firme, buenos diálogos y un registro de personajes limitado pero rendidor, tanto en los masculinos como en su galería de mujeres que pareciendo encajar en clisés (madres abnegadas, chicas enamoradizas, esposas hastiadas o camareras prostitutas) los esquivan por milímetros. Pero es inevitable sentir desasosiego al leerlo. No hay una sola línea de esperanza en estos relatos y sí una furia sorda respirando detrás de cada uno. Es la descripción de un mundo de cazadores y presas, y no en sentido literal. Incluso cuando los personajes cazan de verdad, se trata de trasposiciones de cacerías más profundas que la de un zorro o un par de ardillas. Es la descarga de un hijo que no soporta cuidar a sus padres viejos ("El primer día del invierno"), o la de un puñado de hombres que no quieren hablar en serio sobre la muerte de unas muchachas deseables ("Cazadores de zorros"), o la de un hombre abandonado que sale a matar ciervas porque sí ("Quebrada"). La pelea, nos dice Pancake, se da siempre por motivos oscuros y en otro lugar: en la geografía interna de individuos desvalidos, necesitados de afecto, pero investidos de la rudeza de un mundo impiadoso. No es seguro que Breece D'J Pancake - hasta donde se sabe autor de este único volumen-haya aprendido esa lección sólo en talleres de escritura, pero como sea aprovechó el corto tiempo que tuvo para transmitirla.

TRILOBITES, de Breece D`J Pancake. Alpha Decay, 2012. Barcelona, 229 págs. Distribuye Aletea.

EL PAIS digital Copyright © EL PAIS S.A. 1918-2012

2 de 2 10/12/2012 12:38